

Cómo citar este artículo / How to cite this article: Rodríguez del Cueto, F. y Busto Zapico, M. (2020). La construcción secular de un espacio funerario mediante distintas arquitecturas monumentales: primeras consideraciones tras las investigaciones en la Cobertoria (Salas, Asturias). *Lucentum*, XXXIX, 53-72. <https://doi.org/10.14198/LVCENTVM2020.39.03>

LA CONSTRUCCIÓN SECULAR DE UN ESPACIO FUNERARIO MEDIANTE DISTINTAS ARQUITECTURAS MONUMENTALES: PRIMERAS CONSIDERACIONES TRAS LAS INVESTIGACIONES EN LA COBERTORIA (SALAS, ASTURIAS)

BUILDING A FUNERARY CHAMBER THROUGH SEVERAL MONUMENTAL ARCHITECTURES: FIRST
RESULTS OF THE RESEARCH DEVELOPED IN THE COBERTORIA (SALAS, ASTURIAS, SPAIN)

FERNANDO RODRÍGUEZ DEL CUETO

Universidad de Oviedo

rodriguezcfernando@uniovi.es

<https://orcid.org/0000-0002-2721-7221>

MIGUEL BUSTO ZAPICO

Universidad de Granada

bustomiguel@ugr.es

<https://orcid.org/0000-0002-8510-7469>

Recepción: 10-08-2019

Aceptación: 08-04-2020

Resumen

El Proyecto de la Cobertoria está desarrollando desde 2015 dos líneas principales de actuación. Por un lado, la revisión del inventario arqueológico del concejo de Salas con prospecciones y análisis LiDAR para descubrir nuevas tumbas o comprender mejor las ya conocidas. Por el otro, excavaciones arqueológicas en megalitos de interés para estudiar el grado de implantación de las primeras sociedades agropecuarias en el centro-occidente de Asturias. La segunda línea de trabajo se centra en las excavaciones del túmulo de la Cobertoria, incluido en la necrópolis de la sierra de San Juan. Aquí se dan a conocer los resultados preliminares de la secuencia estratigráfica de este enclave y sus fases constructivas prehistóricas, todas ellas datadas radiométricamente. Diacronías y proyectos arquitectónicos muy diferentes, desarrollados todos ellos en un largo ciclo temporal, han salido a la luz estos años. La importancia del monumento trasciende además más allá de la Prehistoria, ya que los expoliadores acudieron atraídos por el conjunto de leyendas y nombres singulares que se concentran en el lugar.

Palabras clave. Neolítico; megalitismo; Cornisa Cantábrica; dólmen de corredor.

Abstract

The archaeological Project of la Cobertoria has developed two main lines of research since 2015. One of these lines focuses on updating the Sites and Monuments Record (SMR) of Salas' council with excavations and LiDAR analysis, in order to gather more information about unknown barrows or to find new data about the sites already included in the SMR. The second line focuses on how the excavations of remarkable barrows are a key point to understand the degree of implementation of the first prehistoric farming societies in central-western Asturias. With this purpose in mind, barrow number five of the San Juan cemetery, called *la Cobertoria*, has been excavated since 2016. This paper gathers the first results of this research, based on the analysis of the stratigraphies and the radiocarbon and TL datings. Several *hiatus*, as well as different architectural projects, had been found in la Cobertoria. They were carried out in a short prehistoric time frame: five centuries. The importance of the site goes beyond the prehistoric horizon and plunderers have been sacked the tomb since post Medieval times attracted by the legends and unique names concentrated in the area.

Key words. Neolithic; megalithism; Cantabrian Mountains; dolmen.



1. INTRODUCCIÓN: EL PROYECTO DE LA COBERTORIA Y LA FUNDACIÓN VALDÉS-SALAS. LÍNEAS DE TRABAJO

El trabajo que presentamos se inscribe dentro del Proyecto de la Cobertoria, financiado por la Fundación Valdés-Salas (Universidad de Oviedo), con el apoyo del Ayuntamiento de Salas y de la Fundación Banco Sabadell. El interés del actual vicepresidente de la Valdés-Salas, el Dr. Joaquín Lorences Rodríguez, fue un auténtico acicate para el arranque de una investigación que buscó desde un primer momento profundizar en el conocimiento de las sociedades neolíticas del occidente asturiano; un territorio en el que el acopio de datos sobre estas comunidades prehistóricas resulta desigual (Fig. 1). Para intentar paliar esta descompensación nuestro proyecto, bajo la dirección científica de M. A. de Blas Cortina, se ha centrado en un territorio muy concreto, el actual concejo de Salas y en un conjunto arqueológico bien definido: los más de 70 túmulos reunidos en 1990 en la Carta Arqueológica (Rodríguez Otero, 1992).

Nos separan casi tres décadas de ese catálogo, con lo que esa primera nómina se ha visto mermada por varias de las amenazas que ahora mismo tienen estos elementos patrimoniales. Como consecuencia, en Salas varias estructuras desaparecieron y en las zonas analizadas las alteraciones rondan la docena. La concatenación de factores también genera cada vez mayores dificultades

para el reconocimiento de los monumentos, incluso por parte de profesionales de la arqueología; un proceso que, aunque se haya acrecentado especialmente en los últimos tiempos, ya mostraba sus primeros síntomas tiempo atrás (de Blas, 1977: 423-424). Por ello, una de las líneas esenciales de trabajo es la renovación del inventario del concejo, que se combina con otra ya clásica, pero no menos fructífera ni esencial en nuestras labores de recuperación de la historia de estas comunidades: las excavaciones arqueológicas de megalitos. Unas indagaciones que tratan de suplir en la comarca la falta de sondeos extensos y que estén enmarcados dentro de un proyecto de investigación de cierto recorrido temporal. Tal carencia no es exclusiva de los túmulos del occidente asturiano, al ser apreciable también en otras zonas norteñas como ya señalaron Fábregas y Vilaseco (2003: 283).

Aun así, el conocimiento atesorado durante las últimas décadas en Asturias es muy significativo, permitiéndonos la construcción de un discurso sobre el mundo neolítico regional bien sustentado en datos (de Blas, 2013; Fábregas y Vilaseco, 2003: 284); especialmente en el tercio centro-oriental de la región. Sin embargo, al oeste del Nalón, e incluso en tiempos historiográficos más antiguos, siempre abundaron actuaciones más puntuales y de referencia bibliográfica más ligera¹. Dentro de ellas, las excavaciones desarrolladas en los años 70 por Francisco Jordá, en varios túmulos de la necrópolis

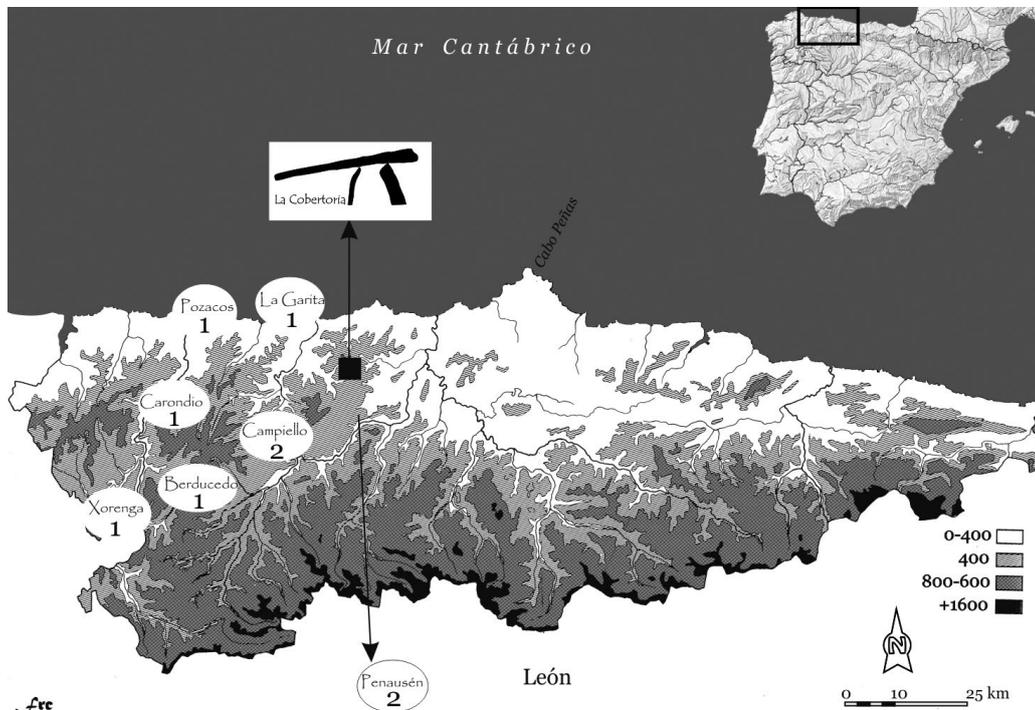


Figura 1: Mapa de Asturias con la ubicación de la Cobertoria (Salas), junto a otros túmulos excavados en la zona occidental de Asturias

1, Quizá el mejor ejemplo de ello son las excavaciones que Bouza Brey desarrolló en los años 50 en el occidente de la región (Bouza, 1963), Como comenta M, A, de Blas Cortina.

de Campiello (Tineo), quizás sean las que más superficie y extensión exhumaron en esta zona (Jordá *et al.*, 1972-1973). Otras lograron, mediante intervenciones con modestos recursos, notables resultados en términos materiales e informativos, como ocurrió en la Xorenga, Grandas de Salime (Sánchez, 2000). Sin embargo, aunque fueron acciones meritorias no han podido tener su continuidad, ya que venían derivadas de la inercia de solucionar daños en las estructuras (como en este último caso); de excavaciones puntuales como la de E. Olavarri en *A tumba* de Berducedo (de Blas, 2004: 69 y ss.); o, por último, de hallazgos casuales en parajes sin exhumación alguna de por medio (como ocurrió en la necrópolis de la Cabruñana, en Grado) (de Blas, 1977; 2008). Dólmenes occidentales de entidad como el de la Llastra da Filadoira, Pradiás o Baradal no cuentan con referencias ni datos estratigráficos (de Blas, 2008: 525-528). Las incorporaciones más recientes al compendio de excavaciones son parte de actividades profesionales, tal y como ocurre con las intervenciones en la rasa costera en los sitios de la Garita y los Pozacos (Noval, 2013a; 2013b); o en paisajes serranos interiores como los de Carondio y Forcayao (Carrocera y Blanco, 2013; 2016).

2. EL MEGALITO DE LA COBERTORIA. DE LAS REFERENCIAS INICIALES A LAS CAMPAÑAS DE EXCAVACIÓN MÁS RECIENTES

En Asturias, las labores de prospección que el profesor de la Universidad de Oviedo J. M. González desarrolló durante casi cuatro décadas supusieron el primer inventario concienzudo del megalitismo regional (1973), además de ser el prelude sobre el que décadas más tarde se cimentaría el inventario arqueológico. En sus visitas a Salas, el profesor González había localizado en febrero de 1970 once estructuras en tres sectores distintos de la sierra de San Juan, el túmulo de la Cobertoria entre ellas (1973: 27-28); cinco de ellas desaparecieron antes de los años 90, como en su momento denunciaron algunos vecinos del concejo (Rodríguez Otero, 1992).

No hubo otras referencias bibliográficas destacadas a la Cobertoria hasta que M. A. de Blas, en su *Prehistoria Reciente* asturiana (1983), incluyera una breve descripción de los restos arquitectónicos visibles en aquel momento, así como una sección de la masa tumular en la que estaban inmersos. En esta documentación ya se percibía una de las cámaras sepulcrales de mayor superficie de la región, pues junto con la del dolmen de la Santa Cruz era la única que en aquel momento rondaba los seis metros cuadrados de tamaño (de Blas, 1983: 55).

La zona de enterramiento destacaba también por su estructura: seis ortostatos notables formando una planta poligonal, aunque de cierta tendencia subrectangular en sus líneas centrales, con dos apéndices más estrechos en ambos extremos, especialmente en el sector suroeste. Sus formas eran visibles debido a los sucesivos saqueos de los buscadores de tesoros, que incidieron tanto en la cámara y sus aledaños como en el propio túmulo. Un proceder por otro lado habitual de los *chalgueiros* (como se conoce a estos buscadores en el occidente asturiano), que al menos desde el siglo XIX llegaron a manejar pequeñas gacetas para recordar los sitios con «riquezas» (Suárez, 2001: 46). La inclusión del lugar en la *geografía sagrada* del territorio parece clara en vista de la toponimia que aún se asocia a este sitio. Fueron los nombres los que guiaron a J. M. González hasta las evidencias arqueológicas, siguiendo un método de pesquisa que le dio magníficos resultados en Asturias. Aquí, la sierra llevaba el nombre de San Juan y por debajo de la Cobertoria se desarrolla un pequeño llano denominado *la Campa de San Juan*, que separó la necrópolis epónima (originalmente con once estructuras) de la de las Corradas (con siete estructuras) (Rodríguez del Cueto y Carrero, 2018). El nombre asturiano de *Cobertoria*, cobertera en castellano, nos conduce también al mundo megalítico: en concreto, a los elementos que cerrarían el dolmen. Desgraciadamente, esa tapadera está hoy casi perdida: un trabajador de la mina de Valderrodero la partió en varios trozos a mediados del pasado siglo con una carga de dinamita. Como consecuencia, el séptimo monolito del conjunto está hoy fragmentado en el centro de la zona de enterramiento. Un octavo ortostato, que cerraría la cámara por el noreste, también se vio muy afectado durante estas u otras labores de expolio hasta el punto de legarnos un hueco en el nicho, orificio que estaría ocluido en origen.

En nuestro proyecto también consideramos la zona con una escala de análisis más amplia. Así, mediante prospecciones de campo y el uso del LiDAR² pudimos revisar todo el cementerio prehistórico erigido en la sierra de San Juan, lo que propició ya primeras valoraciones del conjunto tumular y su entorno (Rodríguez del Cueto y de Blas, 2018: 178). La necrópolis conserva seis túmulos: cuatro de ellos se distribuyen por el eje Norte-Noreste de la sierra, en collados, cúspide o zonas intermedias entre ambos puntos (Fig. 2). Los túmulos cinco y seis, sin embargo, ocupan una posición excéntrica y quedaron disgregados en una peana lateral por debajo de las crestas de mayor altitud. A pesar de esta localización, en apariencia secundaria, el primero de ellos (el de la Cobertoria) aún está a una altitud de 778 metros, sobre un balcón natural que controla un amplio tramo del territorio al este de la necrópolis. Al dominio visual debemos sumar que la tumba aprovechó

a pesar de la intensidad de la indagación (unas 30 estructuras) se volcó poca información netamente arqueológica en la bibliografía (1995: 59).

2. Trabajos que se están realizando en colaboración con el Doctor Miguel Carrero Pazos, investigador postdoctoral en las universidades de Santiago de Compostela (GPEN-AAT) y Leiden.

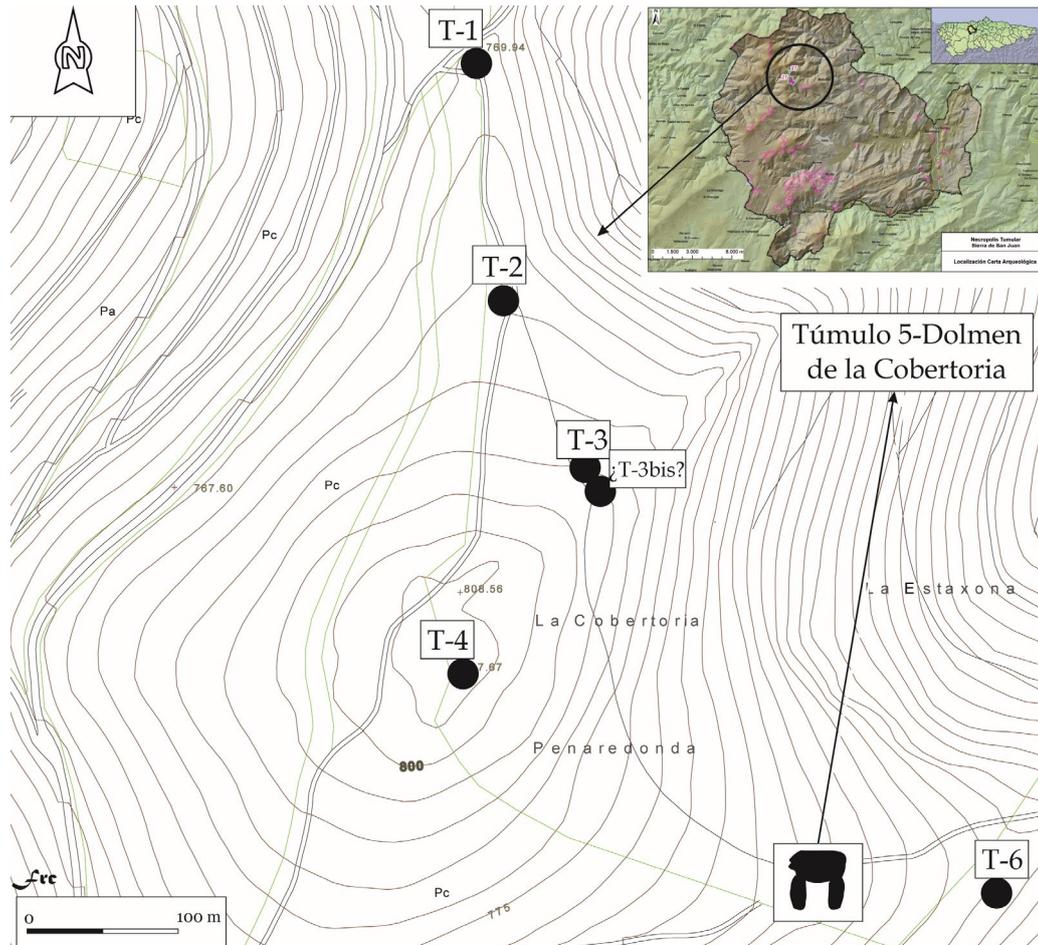


Figura 2: Mapa de la necrópolis tumular de San Juan. El dolmen de la Cobertoria tiene el número cinco dentro del conjunto (Montaje de los autores sobre cartografía elaborada por Daniel Herrera Arenas; Observatorio del Territorio de la Universidad de Oviedo)

un rellano para destacar más sobre el paisaje inmediato. Al menos, eso parece indicar el estudio del entorno y las tendencias generales que sigue la ladera, así como las margas basales descubiertas en las cotas más profundas. A lo largo de las diversas fases constructivas de la tumba, sin embargo, esa plataforma recibirá intensos aportes de materiales con la intención de realzar la masa tumular hasta dotarla del aspecto actual. El recrecimiento artificial fue especialmente significativo en la mitad meridional del túmulo, tal y como denotan las visuales desde ese sector. Era la forma de que el abultamiento adquiriese más notoriedad, una intención que tuvo menos esfuerzos en todo el arco septentrional del mismo. El menor realce de ese tramo puede deberse no solo a la intención de quienes lo erigieron, sino también a razones sedimentarias: en esa zona la topografía forma una pequeña meseta y si a eso unimos que por encima la ladera es bastante pronunciada, todo ello habría facilitado el arrastre de limos a favor de pendiente y su posterior remanso en la zona nivelada. Debido a esta sedimentación acumulativa se habrían ido rebajando, al menos parcialmente, las alturas originales que pudo tener en ese tramo el megalito.

Tamaño, posición y cámara funeraria convertían al túmulo cinco en un espacio cargado de interés, por lo

que en 2016 se iniciaron las excavaciones que se han ido manteniendo constantes durante los últimos años. Los principales resultados obtenidos serán relatados en las líneas que siguen.

3. DATOS CRONOLÓGICOS Y ESTRATIGRÁFICOS EN LAS DISTINTAS FASES DEL MONUMENTO

En el túmulo de la Cobertoria identificamos tres momentos constructivos a los que hemos de sumar el saqueo del lugar en épocas más recientes, que dejó palpables huellas en la estratigrafía junto con una serie de materiales que ahora forman parte del registro arqueológico. Con esos parámetros la primera campaña (2016), en la que contamos con menos medios, la opción más viable era centrarse en la zona en la que se presumía una menor potencia estratigráfica: en este caso el cuadrante noroeste, que además proporcionaría secuencias estratigráficas ligadas a la zona funeraria (sondeo uno). La trinchera anexa a la cámara tenía su prolongación en una pequeña cata (sondeo dos) que buscaba conocer el borde exterior del túmulo. Los buenos resultados obtenidos ese primer año llevaron



Figura 3: a) Zona de las arcillas basales en las que se erigió el túmulo. En tamaño menor, fotografía de la zanja de cimentación del dolmen en la fase III. b) Parte de una cubeta excavada en las arcillas y su relleno. c) Cubeta ya prácticamente vaciada, con el pozuelo que apareció a una cota más baja

a extender el sondeo uno a otras zonas anexas en las siguientes campañas. Además de esas ampliaciones, en 2017 se abrió un nuevo sector (el número tres) en el cuadrante sur-suroeste del túmulo que también fue explorado intensamente en 2018.

Como se puede comprobar, en ningún momento trabajamos con múltiples trincheras ni con grandes exhumaciones en área de la masa tumular³, aunque

3. Las áreas abiertas durante las campañas de excavación fueron las siguientes: 20 m² en 2016; 45 m² en 2017; 55 m² en 2018. En cuanto al planteamiento de excavación, carece de sentido y de justificación arqueológica plantear en un espacio de estas

sí buscamos secuencias completas hasta alcanzar la base geológica. Por ello, debe tenerse en cuenta que este informe de resultados, aunque bien afianzado en las referencias cronológicas y estratigráficas, tiene un carácter preliminar. La evolución de las distintas líneas

características una excavación masiva en área, cuyo resultado será la destrucción de la masa tumular y, por ende, la total imposibilidad de, en un futuro, obtener nueva información, plantear nuevas cuestiones o realizar reinterpretaciones sobre las hipótesis ahora propuestas. Aunque sí es cierto que los sondeos iniciales han ido persiguiendo siempre la mayor amplitud excavada posible y la conexión entre los tres sondeos, como se podrá ver en las plantas de excavación.

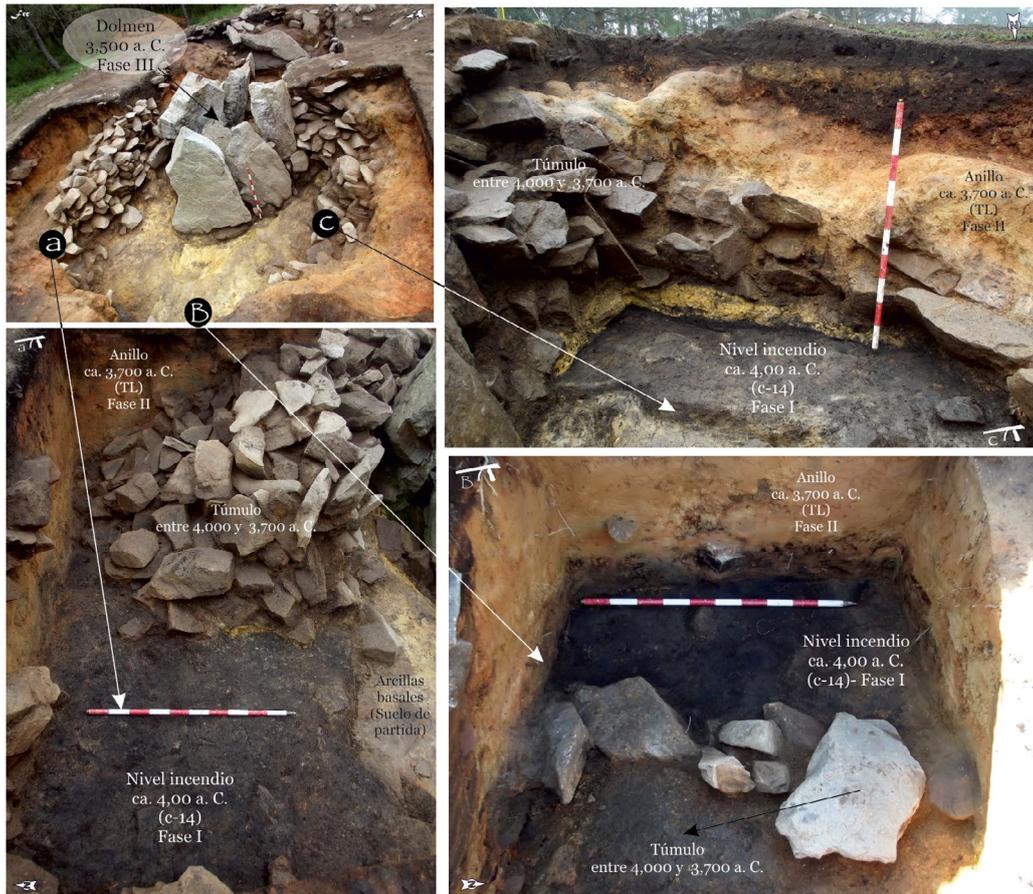


Figura 4: En las tres imágenes (a, b, c) se puede apreciar el horizonte de carbones en distintos puntos del túmulo, indicados en la imagen de la esquina superior izquierda. Por encima del nivel orgánico, siempre se encuentra el túmulo de piedra

de investigación abiertas sin duda permitirá incrementar los datos aquí presentados. En este apartado seguiremos un hilo cronológico para presentar los resultados: desde las evidencias documentadas en la Prehistoria, entre el 4000 y el 3500 a. C., hasta los expolios de épocas moderna y contemporánea.

3.1. FASE I. TÚMULO PÉTREO. 4000 A. C.

No se percibió ninguna referencia clara a los primeros usos del sitio en el piso de arcillas amarillentas de alteración de la roca madre (*solum*), aunque sí apareció un rebaje muy menor en forma de semióvalo que fue identificado en 2016 (Fig. 3). La búsqueda de materiales arqueológicos u orgánicos en el relleno de ese óvalo, de unos diez centímetros, resultó sin embargo infructuosa. Sobre esa plataforma natural, de un tono amarillo claro, se depositó una extensa capa de alto contenido orgánico, que no se conservaba íntegramente en todos los sectores excavados. La preservación de ese horizonte inicial en el sector noroeste del túmulo parece relacionada con la erección de estructuras posteriores sobre esta capa hecho que, de algún modo, protegió testimonios más antiguos ayudando a su conservación (*vid. infra*). Una de las muestras de carbón procedentes de este nivel, analizadas en 2018 en el laboratorio sueco de Uppsala,

aportó una fecha bien aquilatada en 70 años de margen. Con ello, parece claro que las primeras actividades en la Cobertoria se estarían produciendo alrededor del año 4000 a. C.⁴ La naturaleza carbonosa del suelo, de una potencia a considerar (unos quince cm), unido a intensas manchas de rubefacción aparecidas sobre su superficie (Figs. 4-5) manifiestan una relación clara con el fuego, tan presente en el megalitismo peninsular y en el horizonte neolítico europeo (Rojo y Kunst, 2002; Bayliss *et al.*, 2017). La aparición de combustiones tampoco resulta infrecuente en los primeros momentos de los megalitos asturianos, como se deduce de la exploración o de la revisión de varios de ellos: los túmulos de Piedrafita IV y V y la Cruz del Muerto, cuentan con niveles que indican procesos semejantes (Jordá *et al.*, 1973; de Blas, 2006: 235, 238 y 242). Las rubefacciones de la Cobertoria no son tampoco una novedad dentro de los registros arqueológicos occidentales: ya el túmulo de Campiello 16 evidenció en su base señales de fuegos y arcillas de «vivo color rojo» (de Blas, 2006: 248). Tales evidencias parecen remitir, en síntesis, a un proceso en el cual las plataformas naturales se verían intencionadamente «preparadas» para luego ser

4. Ua-59945: 5179±35 BP. Al 94,4% de probabilidad la muestra se encontraría entre el 4050 y el 3940 a. C.



Figura 5: Imagen cenital de la excavación, con los tramos conservados (y los supuestos) del túmulo de piedras de la primera fase

sepultadas por horizontes orgánicos resultado de fuegos intensos. En la mayoría de los ejemplos asturianos investigados proliferan además restos de estructuras de madera, que han permitido sugerir su vinculación a un ceremonial que supondría, no lo olvidemos, el inicio de las actividades de enterramiento en el lugar; es decir, la sacralización o purificación del mismo (de Blas, 2006: 247). Finalmente, todos estos restos se enterrarán con la construcción del túmulo.

En el caso de la Cobertoria, resulta complejo discernir si el paleosuelo orgánico obedece a este proceso ritualizado o puede ser simplemente el resultado de las actividades de clareo previas a los espacios funerarios (Fábregas y Vilaseco 2004: 69; Ruiz *et al.*, 2010: 569). A pesar de ello, algunos gestos, claramente intencionados, dentro de las primeras actividades de la Cobertoria difícilmente podrían encontrar explicación sin recurrir a comportamientos pautados en los ritos. Por ejemplo, la capa de cenizas estaba, en los sectores noreste y suroeste, cubierta en algunos de sus tramos por una película homogénea de arcillas geológicas totalmente puras, produciendo así una suerte de inversión estratigráfica. (Fig. 4c). Con ello tenemos también una leve indicación de que, en algún sector, la plataforma natural fue alterada: quizá para eliminar masas arcillosas sobrantes facilitando así la construcción, o para generar cubetas en el subsuelo como la ya descrita. No obstante, es interesante remarcar la cadena de gestos, que podría estar cargada de connotaciones pues comprende acciones expresas, unitarias y muy diversas: la preparación del lugar, su incendio y su postrera ocultación.

Sobre los carbones y su sello arcilloso se instaló una primera tumulación de planta circular levantada en piedras de cuarcita. Las excavaciones permitieron recuperar distintos tramos de esta estructura que se vio muy afectada por la posterior construcción sobre ella de otras dos arquitecturas totalmente distintas, que implicaron la movilización de grandes masas de tierra o de piedras que alteraron el elemento preexistente. Sin embargo, y a pesar de las reformas, la zona noreste aún presenta trazas de ese caparazón pétreo que sigue en planta un trazado circular (Figs. 5-6). Quizá aquí la conservación fue mejor porque las fases posteriores del megalito no acumularon tantos elementos arquitectónicos, dejándonos por tanto un espacio más diáfano para entender las superposiciones. Los cálculos del diámetro de este primer túmulo pétreo, de casi seis metros de diámetro y entre ochenta y cien cm de altura, indican la presencia de una tumba de menores dimensiones. No es la primera vez que nos enfrentamos a este tipo de solución arquitectónica en Asturias: la cámara de la estructura C de la Llaguna de Niévars había sido protegida con una arquitectura muy semejante a la de la Cobertoria (de Blas, 1992: 117; 1995).

La erección de una de las cámaras dolménicas de mayor extensión entre las documentadas en nuestra región produjo, sin lugar a duda, la alteración de lo que debió ser el punto medio de ese primer monumento. Los paralelos dentro del megalitismo regional nos llevan a pensar que en ese sitio pudo haber, en algún momento, elementos señalizadores del lecho

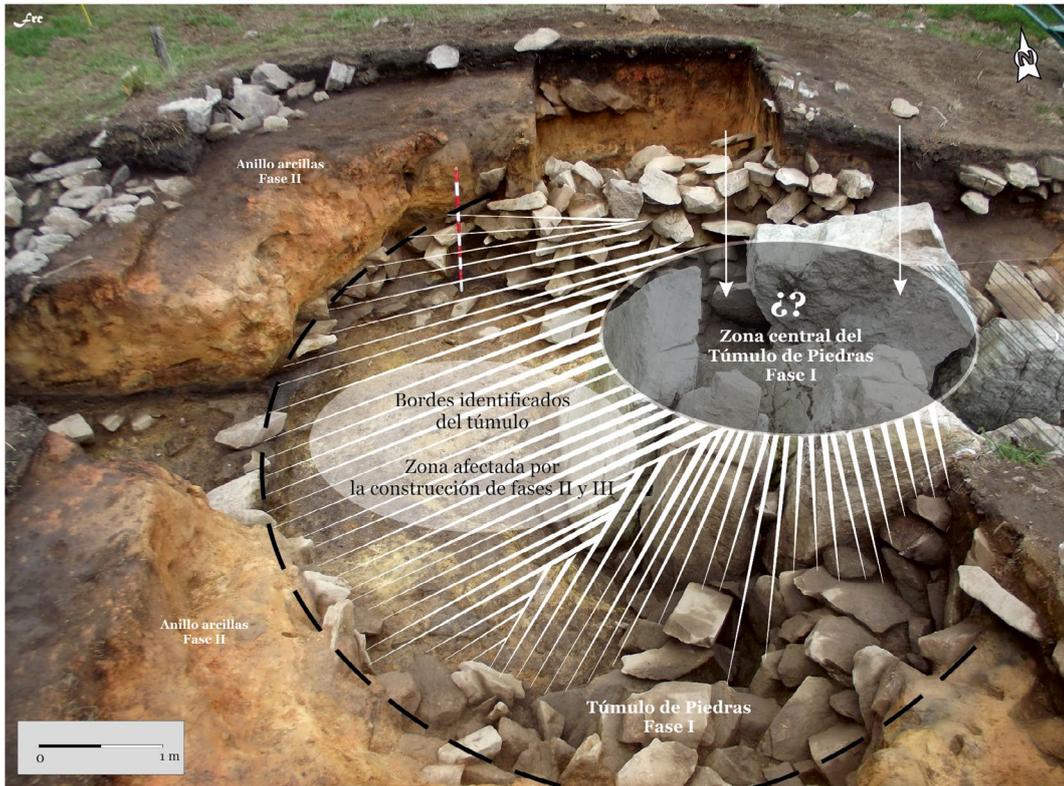


Figura 6: Reconstrucción supuesta de la morfología de la masa tumular de la fase I, realizada a partir del trazado conservado

central (de Blas, 2006: 248). Sirva como ejemplo de tal proceder el pequeño edículo delimitado por un enlosado, y acompañado de piedras de color blanquecino clavadas en el suelo, que se documentó en el túmulo A de la necrópolis de Niévares. Además, su cronología cercana al año 4000 a. C., resulta contemporánea en el tiempo de nuestra Fase I (de Blas, 2006: 243). La continuidad en el uso de la Cobertoria y la más que segura necesidad de ampliar la posible *cella* primigenia para alojar los ortostatos que formaron el dolmen posterior alteraron profundamente las evidencias originales. No sería tampoco la primera vez que se señalan procesos de reforma, retumulación o de transformaciones del área central en el marco del megalitismo del norte peninsular: la nómina de lugares en los que se identifican tales gestos rondaba ya la decena en Galicia antes del año 2000, con sitios que se han convertido con el tiempo en referencia de la larga vida de los megalitos, como ocurre con Dombate o Forno dos Mouros (Vilaseco, 1997-98: 127). En el caso de Dombate, al menos, queda clara la modificación y reaprovechamiento de la parte más antigua, la ampliación del túmulo y el movimiento del espacio funerario a otro lugar durante la reforma conocida como Dombate Reciente (Lestón, 2011: 155-166). A pesar de esta traslación, en las fases recientes, del núcleo funerario a otro espacio constructivo diferente, solo quedaron relictos de la vieja cámara; lo cual nos hace pensar que la alteración siempre será mayor en aquellos casos en los que las cámaras se estén ejecutando unas encima de las otras, como ocurre en la Cobertoria.

Volviendo a la primera estructura del túmulo salen-se cabe reseñar un hecho de interés: en una posición secundaria dentro del túmulo, y asociadas al tercer momento de uso del mismo, se recuperaron un interesante conjunto de lajas de piedra de gran porte, con caras planas pulimentadas. En la actualidad, no hay datos concluyentes que permitan asegurar que alguna de ellas pudiera haber formado parte de la cámara durante las fases I o II del megalito. Sin embargo, no son piezas comunes dadas sus características, y parecen productos desechados de un elemento anterior, arrojadas luego en posición secundaria como relleno de otra fase constructiva (la III), en la que la masa tumular se ve acrecentada de forma considerable.

3.2. FASE II. *TORUS* ARCILLOSO. 3800-3700 A. C.

Ya durante la primera campaña de excavaciones se halló integrado en la arquitectura megalítica de la Cobertoria una considerable acumulación de arcillas de tono rojizo y de extrema pureza. Precisamente, la trinchera realizada en 2016 cortó en su trazado ese grueso conglomerado. En los primeros perfiles se nos mostraba ya como un *torus* arcilloso de sección semicircular (de entre dos metros veinte y dos metros treinta de anchura), formado por arcillas de distintas texturas con presencia masiva de barros rojizos y anaranjados que apenas mostraban inclusiones. En su zona superior se localizaron varias manchas rubefactadas, que iban acompañadas de sedimentos orgánicos en su



Figura 7: Sondeo tres y tramo sureste del túmulo con los trazados que se conservan y los desaparecidos del anillo de arcillas

entorno como resultado del lavado de los fuegos y de los carbones generados en ellos. En conjunto, las arcillas parecían seguir una disposición circular con una amplia zona central carente de barro que le daban a la estructura una forma geométrica de *torus*. Además, el anillo siempre se encontró enterrando fases pretéritas: principalmente el túmulo de piedras (Figs. 5-8), claramente infrapuesto y sobre el que siempre pisa la rosca arcillosa en el cuadrante norte-noreste. La misma superposición se pudo documentar en el área meridional, donde también permanecían retales del casquete semiesférico que formó el túmulo pétreo. La relación entre ambas no se limita a esa superposición: el borde interno del *torus* siempre parte del contorno externo del túmulo de piedras. Un diseño con el que, con machacona regularidad, se consigue enterrar la primera tumba; semejante patrón no parece casual ni desprovisto de intención y tampoco carente de paralelos en el ámbito norteño⁵. Los dos metros de anchura que tiene la sección de las arcillas generan como resultado una estructura de mayor tamaño en este momento: mientras que en la Fase I el túmulo de piedras no alcanzaba los seis metros de diámetro, en la Fase II el *torus* ya rondaba los once metros.

5. Monte Da Romea o Forno dos Mouros en Galicia, son ejemplos claros de la ocultación de túmulos más antiguos con las nuevas fases constructivas desarrolladas en los mismos en un proceso marcado por las diacronías (Mañana, 2005: 49).

El hueco central del anillo, de cinco metros de diámetro en la parte baja y siete en su borde superior, fue rellenado por tierra con barro y carbones, que vino a enterrar la masa pétreo del primer túmulo (Fig. 9). El relleno ya no era un material puro, como sí ocurría con las arcillas: en la mixtura central ya se mezclaban materiales de la nueva fase constructiva con los restos de la anterior. Aun así, por la notable presencia de carbones y barro anaranjados en su composición parece indudable que tanto el *torus* como su relleno central son dos elementos contemporáneos que deben ser agrupados dentro de este segundo momento constructivo. La casi nula presencia de piedras sí resulta indicativa de la selección realizada en los materiales de esta segunda fase. Nada sabemos tampoco del elemento central (si es que lo hubo) que pudo presidir este círculo, pues se vio sometido a las mismas reformas y explosivos que afectaron también al primer túmulo.

Resultó algo más clarificador el análisis mediante difracción de rayos X de la composición de las arcillas⁶, para así identificar su naturaleza y su posible origen. Gracias a las pruebas realizadas, sabemos de la presencia de rocas carbonatadas impuras con alta presencia de cuarzos, que no son elementos naturales de la geología en la que se erigió la tumba (la *formación Cándana*). La semejanza geológica es mayor con una veta de magnetita que discurre cercana a la Cobertoria, en una zona

6. Análisis realizados por el Dr. Álvaro Rubio Ordoñez, del Departamento de Geología de la Universidad de Oviedo.

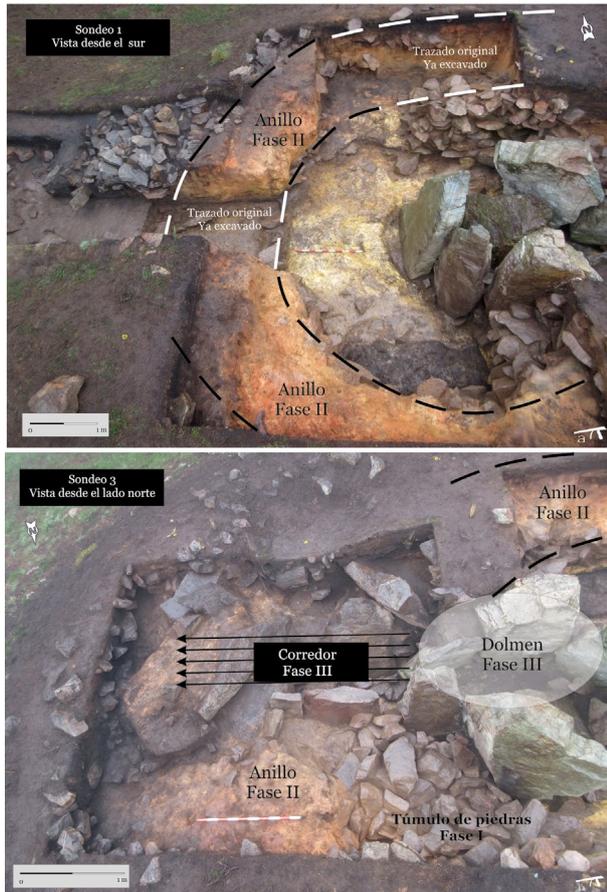


Figura 8: a) Trazado del anillo arcilloso de la segunda fase en el tercio occidental del túmulo. b) Arcillas en la parte sureste cortadas por el corredor

en la que los vecinos hicieron uso de varias barreras hasta tiempos recientes. Hasta el momento hemos localizado dos puntos distintos en el entorno de la magnesita⁷ cuyas composiciones resultan semejantes a las de la estructura prehistórica. Los análisis cruzados de estas canteras con las arcillas prehistóricas podrían dar más datos sobre la procedencia del barro. Si no fuese así, al menos tenemos constancia de que parte de los materiales empleados en la construcción de esta fase proceden de un lugar alejado y siempre estarán por debajo de la Cobertoria en cota de altura; esto es, la materia prima se habría transportado desde zonas medias del valle (entre 500 y 600 metros s.n.m.) hasta puntos que rondaban los 750 metros de altitud. Según los análisis, otra parte de las arcillas resultan más semejantes a la *formación Cándana* en la que se levantó el túmulo. En la actualidad, y con las técnicas de que disponemos, resulta imposible determinar el porcentaje que hay de cada lugar, aunque los tonos rojizos que

7. La *mina de la arena* se encuentra a unos 1000 metros en línea de aire del túmulo de la Cobertoria, mientras que la barrera de *Gallineiru o gallineiro* la tendríamos a unos 1700 metros en línea de aire, aproximadamente. Esta última, además, está cargada de referencias legendarias (Suárez, 2001: 381).

predominan parecen más semejantes a lo observado en las barreras de la zona media del valle.

La primera aproximación cronológica a esta fase constructiva nos la proporcionó el cotejo de las capas que están por debajo y por encima del *torus* arcilloso, ya que la datación de esos niveles aportó referencias indirectas: el *ante quem* y el *post quem*. Con la datación del 4000 a. C. para el momento más antiguo había que suponer que el anillo, que se superpone a estas capas, tuvo que erigirse después de esa fecha. En el caso del *post quem*, veremos a continuación que una muestra dató en 2017 la tercera y postrera fase megalítica en el 3500 a. C. Por tanto, en algún momento a lo largo de esos cinco siglos tuvo que desarrollarse la fase intermedia que estamos describiendo. Los intensos fuegos practicados sobre el anillo fueron los que facilitaron fechas absolutas, pues el calor permitió que algunos fragmentos de barro se convirtieran en conglomerados casi cerámicos. Esas grandes pellas totalmente irregulares llegaron a superar en algunos casos los veinte centímetros de longitud, aunque lo importante no era su tamaño. Sus características nos permitieron la datación por termoluminiscencia, pruebas que se realizaron en el laboratorio del departamento de Geología y Geoquímica de la Universidad Autónoma de Madrid⁸. Dos muestras, procedentes de la misma capa y del mismo contexto anexo al anillo de arcillas, fueron enviadas a Madrid y, aunque los márgenes de error de este método son más amplios que los del radiocarbono, las fechas obtenidas resultan coherentes y esclarecedoras⁹. En este caso concreto, los extensos márgenes temporales que nos aporta la termoluminiscencia pueden ser aquilatados con las fechas obtenidas de otras fases, sin olvidar tampoco el propio contexto constructivo refrendado con la estratigrafía. Así, la franja de fechas más altas de ambas horquillas (entre el 4400-4000 a. C.) parece la más improbable. Resulta más coherente la que sitúa el *torus* arcilloso entre el 4000 y el 3300 a.C. En ese margen temporal, el contexto arqueológico vuelve a ser de utilidad: la tercera y última fase constructiva supone la construcción de un dolmen. Su corredor se hizo cortando y desmontando la masa arcillosa, y ese pasillo aportó datas absolutas del momento de uso en el 3500 a. C. Podemos descartar, por tanto, el rango temporal entre el 3500 y el 3300 a. C., lo que nos dejaría como opción más probable el lapso 3900-3400. Si tomamos el 3700 a. C. como fecha estimada, las datas absolutas de las tres fases, la estratigrafía y la evolución arquitectónica del megalito tendrían perfecto acomodo entre sí.

8. Bajo la coordinación de los doctores Pedro Benítez, Asunción Millán y Tomás Calderón.

9. Detallamos a continuación los resultados del muestreo:
MADN6627bb: 4955±336 BP. Calendric Age calBC: 3718 ± 402. Entre el 4120 y el 3316 B.C.
MADN6629bb: 5304±329 BP. Calendric Age calBC: 4127 ± 354. Entre el 4481 y 3773 B.C.

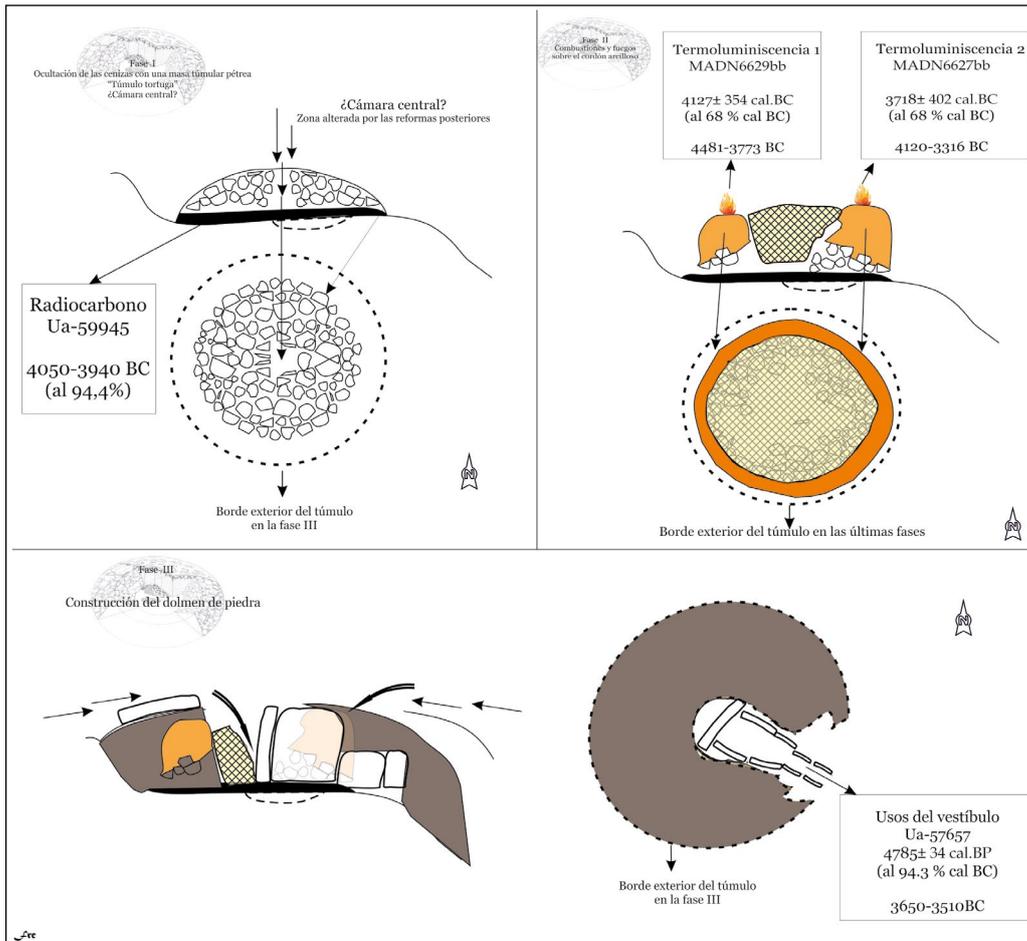


Figura 9: Tres fases principales del megalito de la Cobertoria, junto con sus dataciones absolutas

Volviendo de nuevo a la planta de la estructura, hemos de decir que el *torus* no fue exhumado al completo. Con lo excavado, y siguiendo estimaciones basadas en lo descubierto, estamos frente a una estructura circular unitaria de unos once metros de diámetro, de la que ya no podremos conocer si en algún punto hubo un acceso. El dolmen de corredor construido en la tercera fase destruyó por completo un tramo de más de dos metros de longitud del anillo, rompiendo así la conexión que seguían los giros del círculo en sus sectores sur y sureste (Figs. 7-9). Por tanto, si hubo aberturas el punto más probable sería en ese arco suroriental; el mismo lugar en el que luego se construirá el corredor de acceso a la cámara dolménica.

En suma, si reconsideramos todas sus características resulta claro que la Fase II está protagonizada por una estructura de gran singularidad en los cánones de la arquitectura megalítica cántabrica: tanto por su forma, como por su cronología o su escala. Sin embargo, algunos diseños constructivos del megalitismo de la Asturias central sí tienen similitudes con este momento de la Cobertoria. En concreto el túmulo A (datado alrededor del 4000 a. C.) de la Llaguna de Niévares posee un cordón de piedras con forma de «bizcocho redondo perforado»; similar, por tanto, tanto en planta como en sección, a la Cobertoria dejando incluso el mismo

huevo interno. En términos monumentales tanto el diámetro del anillo, como la anchura del *torus* pétreo convierten a la estructura A de Niévares en una tumba de mayor tamaño (de Blas, 1992: 114-116). Además, en Villaviciosa se levantó un megalito de un solo uso dotado de una especial protección, lo que permitió conservar la zona central, algo que aquí perdimos por la reiteración constructiva. En la Cobertoria salense también se dio el concurso de materiales muy diferentes a los utilizados en Niévares: la arcilla sustituyó a las piedras para hacer el anillo, dotando de evidente originalidad al modelo. No obstante, en la tumba A y en la C de la necrópolis de Villaviciosa el barro estuvo muy presente en los túmulos, con la salvedad que allí se empleó para proteger y clausurar las tumbas, evitando así más accesos a las mismas (de Blas, 1992: 116-117).

3.3. FASE III. DOLMEN DE CORREDOR. 3500 A. C.

El corolario arquitectónico de la Cobertoria será la construcción de una nueva cámara de enterramiento que fue exhumada, casi al completo, durante los expolios que afectaron con intensidad a la zona central. Precisamente por eso sabíamos de la presencia de al menos seis ortostatos y de su entidad (más de dos



Figura 10: Planta del dolmen de corredor, del recorrido de la masa tumular y del anillo de arcillas. Se señalan también los distintos sondeos realizados

metros de altura). El perfil principal que quedó tras el vaciado fue documentado con motivo de la Carta Arqueológica y sus resultados publicados en 1990: seis lascas de cuarcita aparecieron junto con una descripción detallada de las capas identificadas. Debido a la estrechez del corte (de menos de medio metro en algunos puntos) y a su potencia estratigráfica (que ronda los dos metros) poca información se aportó para entender el sitio. En 2017 se pudo avanzar esa sección, lo que permitió localizar el acceso a la cámara por el sureste (Fig. 10). Precisamente, los escasos ejemplos de dólmenes de pórtico o de corredor que hay en Asturias reinciden en el uso de los flancos este y sureste como zonas de ingreso preferidas (de Blas, 1983: 57; 2000: 224), tendencia que no resulta tampoco discordante con algunas aproximaciones hechas a conjuntos megalíticos del Noroeste hispano (Hoskin, 2001: 114, 126).

El corredor tiene unos sesenta centímetros de anchura, medidas que superan la abertura que se insinuaba en este punto en los dibujos y plantas previos de la cámara. Un factor que no sabemos si se debe a una acción intencionada o a que la zona central se viera quizá sometida, por su vaciado interno, a un ligero vencimiento de los ortostatos hacia el centro, como posiblemente ocurrió en otros ejemplos megalíticos norteños (Teira, 1994: 116; Mañana, 2005: 50). Tras las intervenciones de 2017 y 2018 identificamos la

longitud del acceso: al menos un metro con ochenta de longitud, una medición que supera en recorrido al que hasta ahora era el mejor ejemplo de dolmen de corredor que se había identificado en Asturias: el de la sierra de Pumarín (Bouza, 1965: 14-15; de Blas, 2008: 525).

Arquitectónicamente el corredor de la Cobertoria aún conserva en su lado derecho (según accedemos por el corredor hacia la cámara) dos lascas de grandes dimensiones cuyas zanjas están inmersas en el lecho basal de margas (Figs. 10-11). Mientras, el lado izquierdo, peor conservado, cuenta con una única losa que está desplazada de su posible encaje original. Aunque en buena lógica deberíamos contar con una segunda piedra en este sector izquierdo, varios hechos apuntan a que no fue así. Al menos, la uniformidad de la bolsa de relleno del vestíbulo no apunta hacia roturas o intrusiones en el corredor que hayan hecho desaparecer el posible cuarto elemento. A ello debemos sumar que en las tres planchas verticales recuperadas se conservan íntegros, en los niveles inferiores, tanto las zarpas de cimentación como los calzos que sirvieron de estabilizadores de los monolitos; una situación que no se repite en el resto del pasillo, lo que puede ser indicativo de que únicamente tres piezas formaron la entrada. En este sentido, conviene anotar que lo que podríamos calificar, erróneamente, como arquitectura desigual o incompleta desde una perspectiva actual, quizá fue concebida ya



Figura 11: a y b) Posición y foto del hallazgo de la lámina de cuarzo. c) Estructuras y elementos hallados en el Tramo I del corredor

con esa descompensación desde un primer momento. Eso justificaría la reiteración del patrón (corredores asimétricos formados por tres lajas) identificado en Monte Pirleo 2, Chan de Armada, Chan de Arquíña y Os Campiños 6, todos ellos en Galicia (Vilaseco, 1997-1998: 137). Evidentemente, las piedras que delimitan este paso son de un tamaño menor a las de la cámara, pero aun así son de dimensiones y altura a considerar. La comparación con pequeños pórticos como MA XV, Llastra da Filadoira o incluso lo conservado en Santa Cruz remarcan la entidad de la Cobertoria en el contexto regional y cantábrico. Gracias a ello, no solo se propiciaría un paso cómodo al interior, sino que además el acceso estaría en concordancia con las proporciones de la zona de enterramiento y su arquitectura. Como elemento bien delimitado, denominaremos esta zona del ingreso como Tramo I.

En el interior del mismo se fueron acumulando los sedimentos que se corresponderían con el uso del corredor, es decir, durante las distintas entradas a la cámara. Las tierras están actualmente en proceso de estudio y análisis para ver su composición, aunque ya durante sus primeras fases de excavación nos dieron algunos referentes temporales. Las briznas de carbones recuperadas en esta superficie de tránsito fueron datadas por radiocarbono alrededor del 3500 a. C.¹⁰. Tal anclaje cronológico haría coincidentes la referencia absoluta aportada con la estructura dolménica exhumada que, por su forma, debería pertenecer a las fases más maduras del megalitismo regional (de Blas, 2008:

10. Ua-57657: 4785±34 BP. Con el 94,3% de probabilidad la fecha se situaría entre el 3650 a. C. y el 3510 a. C.



Figura 12: Cuadrante sureste de la Cobertoria, con los accesos al corredor y los monolitos localizados en su entorno

525); encontrándose, además, en buena liga con las datas recopiladas para los dólmenes gallegos de este tipo (Alonso y Bello, 1997: 514). Además, la dedicación funeraria del paso está refrendada por el hallazgo en 2017 de una lámina de cuarzo de gran calidad, pieza identificada entre los sedimentos que colmataron el corredor (Fig. 11). La lámina, posiblemente local, fue tallada con detalle en ambos filos y el primer análisis al microscopio electrónico no parece indicar marcas de uso claras. Su paralelismo con otras hojas de cuchillo semejantes en el ámbito asturiano, como la hallada en el MA XV (de Blas, 1999: 50), no la convierten en *rara avis* dentro de las ofrendas del momento. Su posición podría indicar que o bien el ajuar se habría separado de los restos óseos (quizás concentrados en la cámara) o que, por el contrario, ambos ocuparon un mismo espacio. Los análisis del sedimento podrán quizá resolver esta incógnita, ya que no es inusual el uso del corredor como espacio de enterramiento una vez que la cámara está suficientemente «amortizada», tal y como ocurrió en algunos dólmenes del País Vasco. Por ejemplo, en el Alto de la Huesera se llegaron a recuperar al menos trece individuos en el primer tramo del corredor (Fernández-Eraso y Mújika, 2014: 100). Desgraciadamente, en Asturias estamos sometidos al condicionante de la extrema acidez del suelo que llega a deshacer cualquier tipo de resto óseo, con lo que recuperar registros cadavéricos parecidos a los que acabamos de señalar (o de ajuares de materiales perecederos) está fuera de nuestro alcance. El caso asturiano,

por el contrario, sí que entra dentro de la tónica de geologías afines, como la gallega en la que se encuentran con esa misma dificultad (Fábregas y Vilaseco, 2003: 77-78).

Al margen de la estructura del corredor debemos mencionar dos monolitos¹¹ vinculados al acceso. De un peso considerable, se encuentran ambos junto al punto de ingreso al Tramo I o en su entorno inmediato. El primero y más relevante, el Monolito I, tiene casi dos metros de longitud por medio de anchura (Figs. 11-13). El papel de esta pieza en el engranaje arquitectónico parece vinculado a la entrada, ya fuera el ingreso de forma vertical o con deslizamientos más horizontales u oblicuos. No habría que descartar tampoco el posible papel que tuvo la piedra conectándonos con un posible segundo tramo del corredor (a partir de ahora, Tramo II), que ya no tendría la entidad arquitectónica del primero, pero que se insinúa desde vistas más cenitales del conjunto (Fig. 12). La estratigrafía parece refrendar tal apreciación: al igual que el Tramo I el posible Tramo II aparecía ocluido con una gran masa de piedras colocadas intencionadamente, gesto de clausura que solo se aprecia en estos dos pasillos. Los casi nulos restos arquitectónicos conservados en este añadido no permiten solucionar rotundamente si estamos ante una prolongación de la entrada; al menos

11. Que recibirán en las figuras y en nuestra descripción las denominaciones de Monolito I y Monolito II.

no hasta que aparezcan más elementos que completen esta documentación parcial. Sin embargo, la conexión estratigráfica de todo el relleno de oclusión es clara y unitaria. Para entender un poco mejor este pálido registro puede resultar de interés la experiencia acumulada en los dólmenes de corredor gallegos: no olvidemos que algunos tramos de sus ingresos fueron construidos en materiales perecederos (Vilaseco, 1997-1998: 128-130), lo que no siempre dejó testimonios claros de las endeble estructuras, hechas posiblemente como salidas precarias quién sabe si puntuales o muy ceñidas en sus tiempos de uso. Si añadimos a nuestras estimaciones este segundo recorrido estaríamos incrementando el tránsito del corredor entre un metro y un metro y medio, aproximadamente, siempre considerando la oclusión de piedras como un elemento útil para los cálculos (Fig. 13).

El Monolito II se encuentra ligeramente por encima, en altura, del pasillo de entrada. La piedra no ha sido exhumada al completo, aunque ya muestra su notable tamaño (1,20 de largo por 0,50 de ancho en lo descubierta hasta ahora) y un estimable peso, por ende. La excavación completa podrá aclarar si se trata de una pieza de cobertera de la cámara o del corredor, así como si fue desplazada durante las labores de expolio o durante una posible clausura intencionada de la tumba. Aunque de momento no podemos descartar que forme parte de las alteraciones del expolio, la clausura intencionada de la sepultura megalítica en época prehistórica tampoco sería un fenómeno extraño, pues tiene un extenso refrendo bibliográfico previo: tanto a nivel internacional (Masset, 1993: 149; Patton, 1993: 161 y ss.), como nacional (López e Ilaraza, 1996: 317-319; Fábregas y Vilaseco, 2003: 287; Mañana, 2005: 54), o regional (de Blas, 1999: 167; 2000: 224). La zona aún se encuentra en proceso de excavación y la exhumación del monolito completo determinará el grado de antigüedad de ese proceso de desplazamiento.

Recapitulando, los resultados de la excavación fuerzan a realizar una profunda revisión de los datos que conocíamos del dolmen de la Cobertoria. Por ejemplo, la nómina de ortostatos debe incrementarse: de los siete iniciales, un elemento de la cobertera y seis piezas para los pilares de la cámara, hemos acabado en doce piezas. La clasificación del espacio funerario dentro de las etiquetas clásicas de la arquitectura megalítica también ha de variar: ya no estaríamos ante una cámara simple sino ante un dolmen de corredor muy singular dentro de los cánones de la cornisa cantábrica. Al menos, la información recogida en Cantabria nos conduce hacia cámaras de menor entidad espacial, como puede ser el caso de Peña Oviedo 6, de unos cuatro metros cuadrados (Teira, 1994: 116). El espacio cameral de la Cobertoria seguiría un patrón repetido con cierta insistencia en el noroeste como es el uso de cámaras altas (más de dos metros), que cuentan con un acceso horizontal a menor altura como ya apreciamos en Monte Areo XV (de Blas, 2000: 220). Lo que sí parece claro es la intención de habilitar un acceso hacia el interior de la cámara, un hecho que



Figura 13: a) Vista general de las dos zonas ocluidas con piedras. b) Tramo sellado en el supuesto Tramo II. c) Tramo sellado en el corredor de piedra, o Tramo I

podría remarcar también el carácter colectivo del panteón (Vilaseco, 1997-1998: 151).

La actividad furtiva nos impide conocer en detalle si en la Cobertoria se recurrió, de forma generalizada, a la excavación de zanjas en las arcillas basales como ocurriría en dólmenes como el de Praalata (Mújica, 1993: 202-203); no obstante, las excavaciones más recientes sí aportan datos sobre las conductas constructivas. En 2016 se identificó una profunda zanja de cimentación para ubicar uno de los ortostatos de la cámara (Fig. 3a), estratigrafías que ya fueron publicadas de forma preliminar (Rodríguez del Cueto y de Blas, 2018: 174-175). Sin embargo, en nuestro caso, y al contrario del ejemplo vasco antedicho, la zarpa de cemento no excavó únicamente las margas de base sino que afectó principalmente al relleno mixto volcado para rellenar el hueco interno del cordón de arcillas durante la Fase II. Las características de la zanja, profunda (alrededor de noventa y cuatro cm), estrecha y de perfil en artesa (cincuenta y seis cm en la parte alta; treinta y seis cm en la parte baja), la hacen idónea para recibir un ortostato (en este caso el que hemos numerado como cuatro). Los más de dos metros de altura de la piedra hacían recomendable encajarla en un hoyo, porque así se evitaría su desplazamiento facilitando también su acomodo definitivo. Fue seguramente durante la excavación de esta zanja cuando llegaron a tocar las margas basales rebajando apenas unos centímetros de estas. Como complemento de la zarpa únicamente se colocó una laja plana de cuarcita en la base para así asentar el ortostato cuatro. El posterior relleno de cimentación utilizó abundantes piedras inmersas en una tierra marrón de grano fino, que aseguraron esa pieza del engranaje dolménico.

Por último, y aunque la cámara y su acceso centren la atención de nuestro discurso, no debemos olvidar que

la construcción de la última fase comprendió muchas más actuaciones que modificaron profundamente el monumento. Para empezar, la extensión de la masa tumular se vio acrecentada desde aquella que formó el *torus* arcilloso de la segunda fase. Así se puede constatar al menos en los dos extremos del eje principal del túmulo, en los que el cordón se ve recrecido al exterior por tierra negra mezclada con abundante cascajo pétreo. La mayor o menor presencia de este material viene determinada por las necesidades que tuvieran en cada sector: menores en el extremo noroeste, zona donde abunda la tierra fina, mientras que en el otro extremo requirió de la incorporación al sedimento de todo tipo de escombros. El recrecido a ambos lados habría generado una rampa terrera que, sin duda, permitiría un arrastre cómodo de los monolitos hasta el centro de la estructura; con todo, la planta de esta tercera, y última, fase del túmulo alcanzó dieciocho metros de diámetro rozando los dos metros de altura en la zona central. El incremento de las dimensiones no tendría únicamente una intención funcional: también permitió que la nueva arquitectura megalítica erigida tuviese una masa tumular acorde, una idea de proporcionalidad que ya se percibió en los dólmenes de corredor gallegos (Fábregas y Vilaseco, 2004: 69). Los recrecidos en las tumulaciones, algunos de ellos de sorprendente coincidencia métrica con nuestro caso¹², son también un fenómeno cada vez más común en el registro arqueológico norteño (Mañana, 2003: 169; 2005: 49).

Al menos en el tramo noroeste los añadidos que ocultaron el costado externo del *torus* de arcillas, se vieron culminados en el borde del túmulo por un señalizador muy habitual en el megalitismo asturiano: una coraza de piedras de unos dos metros de anchura que bien podría separar el terreno funerario de su entorno. A falta de sondeos en otras zonas del borde exterior no sabemos si esa banda de piedras tiene un recorrido continuo, intermitente o meramente puntual, aunque en lo reconocido hasta el momento no hay duda de la homogeneidad e intención de la estructura, bien refrendada no solo por su anchura sino también por la clavazón de las piedras en el substrato¹³; con ello también lograrán ocultar un elemento significativo como

el anillo arcilloso. Mismas soluciones arquitectónicas fueron aplicadas en otro punto clave del megalito: el contorno interno que abraza la cámara. Como ya se descubrió en 2016 el dolmen habría sido rodeado, al menos en parte de su recorrido¹⁴, por una coraza interna de piedras de unos cinco metros de diámetro que, al igual que el encintado exterior, se colocó encima de las arcillas sepultándolas¹⁵. Muy posiblemente un último gesto constructivo o colofón al monumento; al menos la lógica constructiva parece indicarnos que hubo de hacerse tras el arrastre de todos los ortostatos de la cámara. De otro modo, los ortostatos hubieran colisionado con las bandas pétreas. Estratigráficamente ambas colmatan el anillado arcilloso del monumento de la segunda fase y, en el caso de la interior, viene a producir una especie de clausura definitiva de la cámara. Por tanto, todo apunta a que se trata de un elemento arquitectónico más de la construcción del dolmen de corredor. La cámara del túmulo IV de la necrópolis de Piedrafitá (Las Regueras), de notables dimensiones, ya había mostrado el mismo recurso en torno al centro geométrico de la estructura (de Blas, 1990: 75). La técnica tampoco resulta extraña a otros espacios megalíticos del norte peninsular: las corazas de la necrópolis coruñesa de Parxubeira muestran paralelos evidentes con el hacer constructivo de la Cobertoria. De hecho, las coruñesas parecen ceñirse, en diferentes *mámoas*, a los mismos espacios dentro de la masa tumular aunque quizá tuviesen distinta utilidad. Así, en la M-3 la banda pétreo sirve de anillo periférico delimitador de la tumba y quizá estuviese encargada también de «soportar las presiones del megalito» y evitar «el corrimiento de la masa tumular»¹⁶; en cambio, en la M-4 la cinta de piedras se ciñe al centro de la estructura próxima al *anta*, generando un círculo interno en el túmulo (Rodríguez Casal, 1988: 38-42). La espectacularidad de las corazas del segundo momento del túmulo 5 del Forno dos Mouros también muestra, aunque a otra escala, el uso frecuente de este recurso (Mañana, 2005: 56-57). Las dos corazas de Dombate, presentes tanto en la fase Antigua como en la Reciente, no deben quedar tampoco fuera de este repaso (Lestón, 2011: 153 y 156), al igual que no pueden hacerlo varios ejemplos de la ría de Vigo recopilados por Gómez Nistal. Aunque esta autora da

12. Es el caso de Monte da Romea, que también alcanza en la ampliación de su segunda fase los dieciocho metros de diámetro (Mañana, 2003: 169).

13. Aunque no existan estructuras exactamente iguales a la que aquí describimos en el conjunto tumular del puerto de la Cobertoria, del mismo nombre que la salense pero en el concejo de Quirós, se adquiere una notable pericia en el arte de encastrar los cinturones pétreos al subsuelo. Así ocurre, al menos, en los conjuntos de la Mata I y II, El Llagúezu y la Collá Cimera (de Blas, 2013: 85-100). Semejante pericia se puede apreciar en la Cobertoria salense, aunque aquí la anchura de la banda pétreo no tiene parangón con los cinturones quirosanos que muestran, por otro lado, muy distintas soluciones de ejecución (y posiblemente intenciones), según cada caso.

14. Este encintado sin embargo, es posible que no haya sido continuo, pues en el tramo próximo al corredor no fue localizado. Quizá porque únicamente se buscó proteger el lado más desprotegido arquitectónicamente, el del cuadrante noroeste de la cámara.

15. Aunque aún se encuentra en fase de estudio, la descripción preliminar del túmulo de la *Campa el Español*, ya recoge la presencia de un «anillo pétreo semicircular que delimitaría el entorno de la cámara» (Ibáñez, 2018: 164). Gesto constructivo que parece muy similar al desarrollado en la Cobertoria.

16. Esta posible función del anillo estaría justificada ante el sistema de cuñas utilizado en esta estructura, que recuerda mucho en técnica y estado de conservación, al identificado en la Cobertoria.

referencia de menos datos cronológicos, al estar apoyado el trabajo en registros arqueológicos diversos, algunos antiguos, el uso de ese recurso constructivo en la arquitectura megalítica es claro por su empleo en: Chan de Arquíña, Chan da Cruz, Cotogrande 1, 2, y 5, Chan de Prado, Chan do Xisto, San Cosme 3 (Gómez Nistal, 2001: 44-46).

3.4. FASES DE EXPOLIO Y ALTERACIÓN DE LA TUMBA

Todo megalito está cargado de una profunda carga legendaria que, transmitida por la tradición oral, lo ha ido dotando de importancia para las sociedades agrarias permitiendo también su rastreo mediante la expresiva toponimia que siempre lleva asociada. La parte negativa de esta historia es la secular intervención en los sitios de referencia a la búsqueda de los tesoros que relatan las leyendas. En este sentido la Cobertoria siguió siendo un eje vertebrador del territorio para los habitantes de la zona, ya que se encuentra en un territorio clave que, hasta tiempos recientes, separó las poblaciones de *vaqueiros* (poblaciones trashumanas estacionales en la Asturias rural) de los *xaldos* (o habitante de los concejos a donde los vaqueiros bajan en invierno). La toponimia que hace referencia a la cobertera del dolmen (cobertoria), sumado a la denominación de San Juan o la capilla ya arruinada sita no muy lejos del megalito denotan su peso, posiblemente centenario, dentro de este terreno montano. No son extrañas las largas pervivencias de los túmulos en el imaginario colectivo: desde tiempos medievales (de Blas, 2015) y hasta la actualidad, como demuestran aquellos sitios del noroeste en los que esta relación se ha estudiado adecuadamente (Rodríguez y Martínón, 2000).

Desde el punto de vista arqueológico ese continuado interés dejó huellas que afectaron a su conservación: varios abombamientos de la masa tumular, claramente apreciables en superficie, ya nos indicaban las búsquedas en el derredor de la cámara central. Como ya comentamos, el dolmen no conserva actualmente su laja cobertera y tampoco cierra por su lado noroeste: quizá debido a la intensidad de los expolios. Al menos eso parece indicar la carencia del ortostato, una secuencia estratigráfica rota en ese tramo, así como el profundo vaciado del interior de la *cella* funeraria. Quizá ese punto fue el principal acceso para los expolios ya que el resto de ortostatos está en su sitio y hoy sabemos que el corredor fue clausurado en la Prehistoria, sin que sirviera de pasillo de entrada posteriormente. La estratigrafía recuperada parece acorde con una única entrada para la rebusca en la zona central, ya que en esa zona afloraron finas capas de sedimentos muy mezclados en los que abundaban los materiales contemporáneos: cerámicas modernas o contemporáneas, vidrio, y hasta un botón metálico. Todos ellos colmatan la epidermis de la masa tumular en ese sector como consecuencia de los volcados realizados durante la saca del espacio central.

Algunos de ellos alcanzaron con claridad el *solum*, ya que en los volcados aún se identifican abundantes inclusiones de arcillas amarillentas, que recordemos son el producto de la disolución de la roca basal. Apreciación que queda ratificada al comprobar que en algunas zonas de la cámara se excavara en demasía y con exageración las arcillas basales, un comportamiento muy típico de los expolios. En vista del grado de alteración de los depósitos originales y de la proliferación de capas en posición secundaria en la piel externa de la masa tumular no resultan extrañas por tanto que algunas muestras de radiocarbono sean coherentes con los materiales modernos y contemporáneos recuperados en estos depósitos. Los márgenes más probables de una de las muestras¹⁷, por ejemplo, nos situarían algunas de estas actividades en tiempos modernos o contemporáneos. Es probable, sin embargo, que las acciones de expolio en la tumba fuesen múltiples y repetidas a lo largo de los siglos, con lo que el estudio de la cultura material u otras muestras procesadas podrían conducirnos a fechas diferentes a las apuntadas.

4. CONCLUSIONES

El conjunto de datos e informaciones esgrimidos creemos que son lo suficientemente expresivos como para realizar una primera valoración del interés que tiene el dolmen de la Cobertoria en el contexto del megalitismo cantábrico. En primer lugar, es evidente que nos encontramos con un enclave que sirvió de referencia continuada para las poblaciones prehistóricas y esa fuerza en el territorio parece tener intensos ecos y pervivencias hasta tiempos recientes. Los cambios y reedificaciones durante al menos quinientos años parecen demostrar esa especial trascendencia, con una apuesta muy clara por la ampliación y la mejora del marco arquitectónico tras el que seguramente se esconden ceremoniales y enterramientos. Con las diferentes mudas en la fisionomía tumular resulta evidente que estamos ante un proceso cargado de hiatos y discontinuidades, fenómeno ya apreciado en otros monumentos del noroeste (Mañana, 2003: 168). Hacia el 4000 a. C. ya se había iniciado la preparación del lugar, con el desarrollo de primeros fuegos que vendrían acompañados del sellado de esos depósitos con un pequeño túmulo pétreo. La fecha no parece casual tampoco, pues marca desde hace tiempo un punto de inflexión clave del neolítico cantábrico, dada la espectacular floración de las arquitecturas megalíticas (de Blas, 1997; Arias *et al.*, 1999: 554).

Sus empeños, no obstante, también nos legaron arquitecturas de una marcada personalidad si las inscribimos en el contexto regional. Así, aunque los anillos pétreos ya contaban, a partir del 4000 a. C., con

17. Ua- 57656. 119±29 BP. 95,4% de probabilidad: 1670 AD-1170 AD (al 32,0%); 1800 AD-1940 AD (al 63,4%).

precedentes en el paisaje funerario de nuestra región, la mixtura entre formas ya conocidas y otros materiales como la arcilla produjeron que alrededor del 3700 a. C. un *torus* arcilloso, con escasos paralelos tanto en el cantábrico como en otras zonas de la península, señalizara el lugar. Sobre el anillo ardieron además varios fuegos, algunos con intensidad, que coronaron (en uno o varios momentos) la parte alta del monumento. Debemos suponer, dadas las características del fuego, muy concentrado en ciertos sectores, que no se trata de un proceso accidental o natural: sería más lógico pensar en actos y ceremoniales muy concretos que requerirían de este gesto. Un proceso que, por otro lado, no es novedoso en el mundo de las arquitecturas neolíticas europeas que se ven asociadas al fuego en muchas ocasiones (Tringham, 2005: 107). Las llamas sobre la arcilla a buen seguro refrendarían un anillo construido en medio de la montaña, ya de por sí original, hecho además con materiales acarreados desde la zona media del valle.

Las dimensiones de la cámara y el corredor elevados en el 3500 a. C. también muestran la fuerza alcanzada por quienes petrificaron el panteón durante su último momento de uso. Mucho más en el contexto regional, donde la geografía determina no solo la partición del territorio, sino también de las comunidades que lo habitan. Con ello, los esfuerzos y proyectos han de ser, por fuerza, de menor alcance monumental (de Blas, 2000: 218).

Por último, en el año 2000 se esgrimían una serie de razones de peso para justificar la pertinaz obstinación en levantar túmulos que tuvieron las primeras comunidades agropecuarias de nuestra región. Entre ellas estaría la renovación de las estructuras mentales que ocasionó la nueva forma de vida, las ambiciones superestructurales de estos grupos (que no habría suplido la arquitectura doméstica) y, como consecuencia, se habría producido la reincidencia en la edificación de tumbas monumentales (de Blas, 2000: 219). Todas ellas siguen siendo igualmente válidas en la actualidad y explicarían el empeño secular que hubo en la Cobertoria por transformar un mismo lugar en algo diferente con el paso de los años. No hay duda de que se trata de una actitud extendida y bien percibida en el registro del noroeste hispano, donde hace tiempo que los túmulos no se consideran tumbas estáticas: trabajos de mantenimiento, modificación o reutilización afloran en diferentes estructuras como testimonio del cambio constante (Fábregas y Vilaseco, 2004: 80). Quizás el atrevimiento para intervenir y trastocar un espacio de larga raigambre en el imaginario de estas comunidades viene determinado por el propio paso del tiempo, que siempre trae nuevas ideas, ritos o ceremonias ante los que estas sociedades no permanecieron impasibles. La bibliografía atesora también ejemplos que demuestran el peso que quizá tuvieron estos motivos para quienes los construyeron; al menos para el túmulo de la Laguna de Niévares C «de ocho a doce generaciones serían suficientes para que el monumento viera cumplidas las

expectativas de sus propietarios y sufriera su definitiva amortización y clausura» (de Blas, 2008: 549). Algo similar pudo ocurrir en la Cobertoria donde, después de veinte generaciones de empeños constructivos y reformadores, la tumba se clausura de forma definitiva. Tras de sí habían dejado, no obstante, monumentos singulares, de entidad, y bien diferentes entre sí, que reflejan con claridad los constantes denuedos por perpetuar la importancia de un enclave que mediante lo arquitectónico dejó su impronta indeleble, y de larga herencia, en el paisaje agrario de las comunidades campesinas asturianas.

AGRADECIMIENTOS

Los trabajos desarrollados no serían posibles sin los permisos pertinentes de la propietaria de la finca, doña Margarita González García, a quien queremos agradecer aquí todas las facilidades que nos ha dado. Las excavaciones se sostienen también amparadas dentro del *Taller de Arqueología de la Cobertoria*, que trata de contribuir desde nuestra modesta propuesta a la formación de nuevas hornadas de profesionales de la arqueología. Hemos de agradecer a las siguientes personas, estudiantes de grado y máster en Historia y Arqueología, su participación, esfuerzo y entusiasmo continuado durante estos años: Francisco Lara, Jesús Fernández, Carlos García-Noriega, Elena Lastra, Guadalupe Castro, Judit Simón, Sara Menéndez, Joel González, Matteo Saracco, Adrián Díaz, Alejandra León y Gabriel Alonso. Por último, la Asociación Cultural de San Pedro de Mallecina siempre apoyó nuestro proyecto facilitando que pudiésemos usar la escuela de niños durante las campañas. Por ello, nuestra infinita gratitud con todo el pueblo de Mallecina.

REFERENCIAS

- Alonso Matthías, F. y Bello Diéguez, J. M. (1997). Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones por carbono 14. En A. Rodríguez Casal (Ed.). *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do coloquio Internacional, U.I.S.P.P.* (pp. 507-520). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Arias Cabal, P., Altuna, J., Armendáriz, Á., González Urquijo, J.E., Ibáñez Estévez, J.J., Ontañón Peredo, R. y Zapata, L. (1999). Nuevas aportaciones al conocimiento de las primeras sociedades productoras en la región Cantábrica. En *II Congreso del Neolítico en la Península Ibérica* (pp. 549-557). Saguntum, Extra 2. Valencia: Universidad de Valencia.
- Bayliss, A., Cartwright, C. Cook, G., Griffiths, S., Madwick, R. Marshall, P. y Reimer, P. (2017). Rings of fire and grooved ware settlements at West Kennet, Wiltshire. En *The Neolithic of Europe. Papers in honour of Alasdair Whittle* (pp. 249-278). Oxford: Oxbow Books.

- Blas Cortina, M. Á. de (1977). Notas sobre el conjunto tumular del valle (Grado). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, Año nº 31, 90-91, 423-430.
- Blas Cortina, M. Á. de (1983). *La Prehistoria reciente en Asturias*. Estudios de Arqueología asturiana, 1. Oviedo: Fundación pública de cuevas y yacimientos prehistóricos de Asturias.
- Blas Cortina, M. Á. de (1990). Excavaciones arqueológicas en la necrópolis de la Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y el Llanu la Vara (Las Regueras). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-86*, 69-77.
- Blas Cortina, M. Á. de (1992). Arquitecturas megalíticas en la Llaguna de Niévares (Villaviciosa). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90*, 113-128.
- Blas Cortina, M. Á. de (1995). Destino y tiempo de los túmulos de estructura «atípica»: los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Niévares. *Isturitz. Cuadernos de Sección. Prehistoria Arqueología*, 6, 55-79.
- Blas Cortina, M. Á. de (1997). Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto. En A. Rodríguez Casal (Ed.). *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do coloquio Internacional, U.I.S.P.P.* (pp. 311-334). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Blas Cortina, M. Á. de (1999). *El Monte Arco, en Carreño (Asturias). Un territorio funerario de los milenios V al III a. de J. C.* Carreño: Ayuntamiento de Carreño.
- Blas Cortina, M. Á. de (2000). La Neolitización del litoral cantábrico en su expresión más consolidada: la presencia de los primeros túmulos. En V. Oliveira Jorge (Coord.). *Neolitização e megalitismo da península ibérica. Actas do 3º Congreso de Arqueología Peninsular, vol. III* (pp. 215-238). Vila Real: ADECAP.
- Blas Cortina, M. Á. de (2004). Túmulos enigmáticos sin ofrendas: a propósito de Monte Deva V (Gijón) y Berducedo (Allande), en Asturias. *Trabajos de Prehistoria*, 61(2), 63-83. DOI: <https://doi.org/10.3989/tp.2004.v61.i2.43>
- Blas Cortina, M. Á. de (2006). La arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos prehistóricos sin cámaras convencionales en Asturias. *Zephyrus*, 59, 233-255.
- Blas Cortina, M. Á. de (2008). La plenitud de la arquitectura megalítica. En J. Rodríguez Muñoz (Coord.). *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo* (pp. 525-528). Oviedo: La Nueva España.
- Blas Cortina, M. Á. de (2013). IV milenio a. de C.: los monumentos sepulcrales del puerto de la Cobertoria (Quirós) y el dominio de las cumbres por las sociedades neolíticas. En Blas Cortina, M. A. de (Coord.). *De Neandertales a albigones: cuatro lugares esenciales en la Prehistoria de Asturias* (pp. 69-138). Oviedo: RIDEA.
- Blas Cortina, M. Á. de (2015). Megaliths and Holy Places in the Genesis of the Kingdom of Asturias (North of Spain, AD 718-910). En M. Díaz-Guardamino Uribe, L. García Sanjuán y D. W. Wheatley (Coords.). *The Lives of Prehistoric Monuments in Iron Age, Roman, and Medieval Europe* (pp. 205-223). Oxford: Oxford University Press,
- Bouza Brey, F. (1963). Túmulos prehistóricos de Asturias. *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 50, 75-102.
- Bouza Brey, F. (1965). Túmulos dolménicos y círculos líticos de la sierra de Pumarín. *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 54, 4-16.
- Carrocera Fernández, E. y Blanco Vázquez, L. (2013). El uso de pigmentos rojizos alóctonos como símbolo de vida en un túmulo de la Edad del Bronce en la Sierra de Carondio. *Munibe. Antropología-Arqueología*, 64, 117-118.
- Carrocera Fernández, E. y Blanco Vázquez, L. (2016). Los túmulos sin cámaras del Forcayao (Tineo, Asturias): palinología, aproximación cronológica y ensayo interpretativo. *Nailos. Estudios interdisciplinarios de arqueología*, 3, 215-240.
- Fábregas Valcarce, R. y Vilaseco Vázquez, X. I. (2003). El Neolítico y el Megalitismo en Galicia: problemas teórico-metodológicos y estado de la cuestión. En V. S. Gonçalves, A. Catarina Sousa y A. Marqués de Faria, (Coords.). *Muita gente, poucas antas? Orígens, espaços e contextos do megalitismo. Actas do II colóquio internacional sobre Megalitismo* (pp. 281-304). Trabalhos de arqueologia, 25. Lisboa: Instituto Português de Arqueología.
- Fábregas Valcarce, R. y Vilaseco Vázquez, X. I. (2004). El megalitismo gallego a inicios del siglo XXI. En *Tema monográfico: los enterramientos en la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente* (pp. 63-87). Mainake, 26. Málaga: Centro de Ediciones Diputación de Málaga.
- Fernández-Eraso, J. y Mújika-Alustiza, J. A. (2014). Dolmen del Alto de la Huesera. *Arkeoikuska*, 13, 99-103.
- Gómez Nistal, C. (2001). Neolitización y megalitismo en el entorno de la ría de Vigo: estado actual de la investigación. *Gallaecia*, 59, 39-60.
- González y Fernández-Vallés, J. M. (1973). Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias. *Archivum*, XXIII, 5-42.
- Hoskin, M. (2001). *Tombs, temples and their orientations. A new perspective on Mediterranean Prehistory*. Sussex: Ocarina Books.
- Ibáñez Calzada, C. (2018). Nuevas aportaciones sobre el mundo funerario neolítico en la cuenca del Nalón: presentación del túmulo de la Campa el Español, San Martín del Rey Aurelio. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2013-2016*, 163-170.
- Jordá Cerdá, F., García Domínguez, E. y Aguadé, J. (1972-1973). Notas sobre los Túmulos de Campiello (Tineo) y su Edad Postdolménica. *Zephyrus*, XXIII-XIV, 131-152.
- Lestón Gómez, M. (2011). Las excavaciones arqueológicas. En J. Yáñez Rodríguez (Coord.). *El dolmen de Dombate: arqueología, arquitectura y conservación* (pp. 139-227). A Coruña: Diputación de A Coruña.
- López de Calle, C. y Harraza, J. A. (1997). Condenaciones y remodelaciones. Una respuesta a las estratigrafías de los

- sepulcros megalíticos de Cameros. En R. de Balbín Berhmann y P. Bueno Ramírez (Eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Neolítico, Calcolítico y Bronce, tomo II* (pp. 309-321). Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques.
- Mañana Borrazás, P. (2003). Vida y muerte de los megalitos. ¿Se abandonan los túmulos?. *Era-Arqueología. Revista de divulgação de estudos arqueológicos*, 5, 164-177.
- Mañana Borrazás, P. (2005). Túmulo 5 de Forno dos Mouros (Ortigueira, A Coruña). Primeiros resultados. *Cuaderno de Estudios Gallegos*, LII(118), 39-79. DOI: <https://doi.org/10.3989/ceg.2005.v52.i118>.
- Masset, C. (1993). *Les dolmens. Sociétés néolithiques et pratiques funéraires*. Collection des Hesperides. París: Editions Errance.
- Noval Fonseca, M. (2013a). El túmulo de la Garita, Otur, Valdés. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012*, 395-398.
- Noval Fonseca, M. (2013b). Excavación arqueológica del túmulo «Pozacos 3» (Villainclán, Villapedre, Navia). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012*, 399-402.
- Patton, M. (1993). *Statements in Stone. Monuments and Society in Neolithic Brittany*. London: Routledge.
- Rodríguez Casal, A. (1988). *La necrópolis megalítica de Parxubeira. San Fins de Eirón, Galicia. Campañas arqueológicas de 1977 a 1984*. Monografías urxentes do museu. A Coruña: Museo Arqueológico Provincial de A Coruña.
- Rodríguez Casal, A. y Martinón Torres, M. (2000). Aspectos historiográficos del megalitismo gallego. De la documentación medieval al siglo XIX. En V. Oliveira Jorge (Coord.). *Neolitizaçã e megalitismo da península ibérica. Actas do 3º Congreso de Arqueología Peninsular, vol. III* (pp. 303-320). Vila Real: ADECAP.
- Rodríguez del Cueto, F. y Blas Cortina, M. Á. de (2018). Investigaciones iniciales en el megalito de la Cobertoria, en el paraje de la Campa San Juan (Mallecina, Salas). *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2013-2016*, 171-182.
- Rodríguez del Cueto, F. y Carrero-Pazos, M. (2018). Contributions from LiDAR technology to the sites and monuments records: the prehistoric barrows of Salas council (Asturias, Spain). En *24th annual meeting of the European Association of Archaeologist, Barcelona Reflecting futures. Sessão 730: Mounds in the digital era. Data acquisition, analysis and interpretation of past funerary landscapes through geospatial technologies*. (Comunicación presentada).
- Rodríguez Otero, V. (1992). Carta arqueológica del concejo de Salas. Enero-Octubre, 1989. *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 2 (1987-1990), 233-235.
- Rojo Guerra, M. A. y Kunst, M. (Eds.). (2002). *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Studia Archaeologica, 91. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Ruiz Alonso, M. Guenaga, A., López Quintana, J. C. y Zapata Peña, L. (2010). Antracología y yacimientos dolménicos: el caso de Mendigana. En *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural* (pp. 566-581). Munibe, Suplemento, 32. Donostia-San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi.
- Sánchez Hidalgo, E. (2000). Túmulo I del conjunto tumular de la Xorenga, el Canadeiro (Xestoselo, Grandas de Salime, Asturias). Mundo funerario neolítico en el occidente asturiano. En V. Oliveira Jorge (Coord.). *Neolitizaçã e megalitismo da península ibérica. Actas do 3º Congreso de Arqueología Peninsular, vol. III* (pp. 239-254). Vila Real: ADECAP.
- Suárez López, J. (2001). *Tesoros, ayalgas y chalgueiros. La fiebre del oro en Asturias*. Gijón: Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular.
- Teira Mayolini, L. C. (1994). *El megalitismo en Cantabria. Aproximación a una realidad arqueológica olvidada*. Santander: Servicio de publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- Tringham, R. (2005). Weaving house life and death into places: a blueprint for a hipermedia narrative. En D. Bailey, A. Whittle y V. Cummings (Eds.). *(Un)Settling the Neolithic*. (pp. 98-111). Oxford: Oxbow books.
- Vilaseco Vázquez, X. I. (1997-1998). Datos sobre la presencia de estructuras de acceso en túmulos megalíticos da provincial de Lugo. *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 8(1), 125-158.